

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO III. — NÚM. 139

Madrid, 21 de Septiembre de 1922

PRECIO: 15 CÉNTS.

VENIR Y CREER



(Fot. Boyer.)

La Tierra Santa en nuestros días.
JERUSALEM. — LOS BARRIOS NUEVOS.

¿Qué es venir a Cristo? Para muchos hombres sinceramente deseosos de encontrar la verdad y de hallar satisfacción a los anhelos de su alma, las exhortaciones que el Evangelio hace para que acudamos a Cristo encierran no pequeñas dificultades. Si Jesús estuviera en el mundo como en aquellos venturosos días en que caminó entre los hombres y en que millares de personas lo vieron con sus ojos, oyeron las palabras de gracia que salían de su boca y hasta pudieron palparlo con sus manos, el llamamiento a que acudiéramos a Él tendría — piensan ellos — un sentido claro y definido.

Y, sin embargo, a poco que reflexionemos, todos podemos comprender que cuando Jesús dirigía a los hombres las preciosas invitaciones que el Evangelio contiene no pensaba solamente en aquellos que estaban al alcance de su voz en el momento mismo en que las pronun-

ciaba. Todos podemos sentir y apreciar que cuando Él exclamó: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar», estaba pensando, no sólo en las almas fatigadas por los trabajos de la vida y abrumadas por el peso de la culpa que pudieran escucharle entonces, sino en toda la Humanidad doliente y apesadumbrada. Cuando Él clamaba a gran voz: «Si alguno tiene sed venga a mí y beba», clamaba como si su voz, y así era en efecto, hubiera de atravesar los siglos y hallar respuesta en incontables corazones sedientos de perdón, de paz y de consuelo. Cristo no pensó jamás que sus llamamientos acabarían con el breve espacio de su vida en los días de su carne; consideraba su muerte como el llamamiento más poderoso que había de hacer a los hombres: «Y yo, cuando fuere levantado de la tierra, a todos traeré a mí mismo.» La actitud que hallamos más natural y propia

en Jesús es la de llamar a los hombres a sí mismo. Murió con los brazos abiertos, ha dicho un autor, como si quisiera con ellos abrazar al mundo.

Dejando aparte lo que esta actitud implica en Cristo, la conciencia de infinita capacidad para socorrer todas las necesidades y satisfacer todos los anhelos espirituales de los hombres, volvamos a la parte que al hombre toca hacer para responder a tan grandes llamamientos. ¿Podemos ahora venir a Jesús?

Podemos. Es cosa tan realizable ahora como en los días en que Pedro y Juan, Jacobo y Andrés vivieron con Él. Porque el venir a Él no consiste en un acercamiento material, sino en una actitud espiritual. Muchos estuvieron cerca de Él cuando las muchedumbres le apretaban, y no recibieron por ello beneficio alguno. A Cristo se viene con el corazón, con el pensamiento, con la fe, con el amor; y para estas cosas, el espacio no ofrece

SUMARIO

Venir y creer (C. A. G.). — El concepto de la Iglesia. — (Juan Orts González). — Junto a los ríos de Babilonia (Saul del Vilar). — El Domingo de la Prensa. — La barbarie de la civilización (Jorge Fliedner). — Al hijo pródigo. — De actualidad. — Información Evangélica. — La casa central del protestantismo francés. — La fe de un herrero, novela, por José Moreno. — Esfuerzo Cristiano. — Insistimos. — Escuela Dominical.

obstáculos. En una palabra, venir a Cristo es creer en Cristo. Él mismo usó los dos términos como términos paralelos: «El que a mí viene nunca tendrá hambre; el que en mí cree no tendrá sed jamás.»

Tal vez la explicación no aclare mucho el asunto, porque *creer* es a su vez una palabra tan necesitada de explicación para muchos como la palabra *venir*; pero el ponerlas juntas puede ayudar a lo menos para que comprendamos que no se acude realmente a Cristo sino creyendo en Él, y que no se cree en Él sino cuando el alma se mueve hacia Él.

En *El Peregrino*, uno de los personajes más simpáticos, Esperanza, relata su conversión y cuenta cómo llegó a comprender lo que es creer: — ¡Señor! ¿Qué cosa es creer? — había él preguntado perplejo. Y vi, por aquel dicho: «El que a mí viene nunca tendrá hambre, y el que en mí cree no tendrá sed jamás», que el creer y el venir era todo una misma cosa, y que aquél que viene, es decir, que corre en su corazón y afectos tras la salvación por Cristo, aquél en realidad cree en Cristo.»

Si venir a Cristo es creer en Él, todo lo que nos ayuda a creer, nos ayuda a venir; el estudio de su vida, de sus palabras, de su sacrificio por nosotros, de su amor hacia nosotros, todo lo que enciende la fe, o la reanima, o la aumenta, nos lleva a Cristo. Pensar como Él piensa acerca del pecado, acerca de Dios, acerca de nuestra misión en el mundo y de nuestro destino eterno, nos lleva a Cristo. Amar lo que Él ama y aborrecer lo que Él aborrece, pone en ejercicio nuestra fe y nos lleva a Cristo.

Y si creer en Cristo es venir a Él no nos conformaremos con ninguna clase de creencia que deje fría e inerte nuestra alma; no nos bastará comprender doctrinas, aceptar credos, acumular conceptos exactos y bien definidos. Querremos la fe que calienta el corazón y mueve la voluntad y nos lleva a un Salvador real y viviente.

C. A. G.

¡Oh, libertad, cuántos delitos se cometen en tu nombre! — Madame Rolland.

En el hombre se ha de buscar la virtud y no la riqueza. — Mistral.

EL CONCEPTO DE LA IGLESIA

Y aquí ya encontramos lo que antes hemos anunciado: que teóricamente el error anda revestido de muchos elementos, y elementos importantes de verdad. La teología católico-romana enseña que la Iglesia cristiana tiene por su fundamento y por su corona a una persona divina: Cristo; que Cristo es la piedra viva fundamental, la cabeza invisible de la Iglesia. Que Cristo ha prometido a esa Iglesia la perpetuidad y la capacidad de resistir a los ataques del infierno. Es más, cree que el Santo Espíritu es indispensable para la regeneración individual y para la guía constante de la Iglesia. Todo esto es verdadero, todo esto es bíblico y hasta evangélico; pero a todas estas verdades, que son comunes con la Iglesia protestante, ha añadido un elemento de error sumamente funesto en la práctica, y que viene a anular todos los beneficios que dichas verdades pudieran reportar. Ha llegado a identificar la jerarquía eclesiástica con la Iglesia visible y verdadera. Después de haber proclamado a Cristo como su fundador y a su Santo Espíritu como el promotor de la Iglesia, ha incluido a los sacerdotes, obispos, arzobispos y papas como la expresión fundamental y necesaria de esta misma Iglesia y ha venido como a supeditar prácticamente a este Cristo y a este Santo Espíritu a la jerarquía eclesiástica. Aquí entramos en uno de los errores más funestos y en una de las diferencias más fundamentales entre el romanismo y el protestantismo. Los católico-romanos identificando a Cristo y la obra del Espíritu Santo con las manifestaciones visibles de la jerarquía eclesiástica, han llegado a edificar y acumular todas estas cosas dentro de la Iglesia católico-romana, y con esto han creado una especie de sumisión absoluta a esa misma jerarquía eclesiástica; es decir, el teólogo y el predicador le hablarán al simple fiel: «esa Iglesia predicha por los patriarcas y profetas, predicada por Cristo y sus apóstoles, regada por su propia sangre, continúa completa y sin interrupción por todos los siglos, por todas las etapas de la Humanidad, esmaltada por la muerte de tantos heroicos mártires, ilustrada por tantos y maravillosos santos, sublimada por tantos y tan sabios doctores, etc., etc.»; y como después vendrá a identificar a esta Iglesia con los clérigos, obispos, arzobispos, cardenales, papas, y finalmente a sintetizarla con el papa presente, en el papa actual, puesto que según la teología católica él viene a constituir por eminencia y por antonomasia la Iglesia; el simple fiel se siente como sobrecogido de espanto si ha de separarse de esta Iglesia e inclinado a desconfiar de sí mismo cuando su mente piensa de distinta manera a lo que enseña esa jerarquía o esa Iglesia. Es más, una vez constituida esa Iglesia, como esa Iglesia se

definirá a sí misma como doctora infalible, cuando habla *ex cathedra* creará en el católico estas predisposiciones: primera, a no pensar por sí mismo en las cuestiones religiosas; segunda, a desconfiar siempre de sus propias opiniones religiosas; tercera, a buscar, con sumisión y reverencia, que le dé las enseñanzas esa misma jerarquía o Iglesia. Esto queda muy bien ilustrado con el ejemplo de uno de los hombres más eminentes en ciencias, del pasado siglo, el Sr. Pasteur, quien era un devoto católico. Por razón de sus estudios tuvo que alternar varias veces con eminentes hombres de ciencia. Estos hombres no podían armonizar cómo un sabio de la perspicacia de Pasteur, de sus vastos conocimientos, de su imparcialidad científica, pudiera creer en tantos errores y supersticiones como creía la Iglesia católico-romana de Francia en aquella época y en aquellos tiempos. Y al preguntarle alguien cómo podía él armonizar y solucionar este problema, contestó: «Muy sencillamente: en cuestiones religiosas, yo acepto lo que me enseña la Iglesia. En cuestiones científicas, acepto lo que me enseña mi propia inteligencia.» El católico-romano practica, con respecto a cuestiones religiosas, lo que en vida ordinaria practica el enfermo con respecto al médico, o el que tiene un caso que presentar en los Tribunales con respecto a un abogado. Así como cuando nos sentimos enfermos buscamos al médico y esperamos que él diagnostique nuestra enfermedad y prescriba los remedios, y así como cuando tenemos algún asunto que ventilar ante los Tribunales buscamos a un abogado, le exponemos el caso y él nos representa, así también el católico, debido a este concepto de la Iglesia, delega siempre sus funciones de pensar acerca de las doctrinas y de las prácticas religiosas de la Iglesia. El dice: «para esto está el cura, para esto está el obispo, para esto está, sobre todo, el papa infalible.» Esto ha causado enormes y funestos efectos: primero, ha imposibilitado prácticamente la comunicación personal y directa del alma con Cristo y con Dios; todo viene a hacerse por medio de intermediarios; aun cuando se acude a Dios se acude siempre por la mediación de la Iglesia. Segundo, ha venido a matar la capacidad inicial para pensar en cuestiones religiosas. Uno de los mayores males que se padecen en los pueblos en que el romanismo ha permanecido supremo por muchas centurias es, no sólo la impiedad y ateísmo, sino la indiferencia religiosa, indiferencia emanada de que no hay posibilidad de pensar, de que no hay capacidad para discurrir, de que no hay interés acerca de los problemas religiosos. Si alguien me preguntara a mí cuál es el efecto más funesto del romanismo, yo le contestaría siempre, sin ningún género de duda: que mata el espíritu de

investigación religiosa, el deseo de estudiar, la confianza en nuestra mente para examinar los problemas, doctrinas y sentimientos religiosos. Quien conozca la historia de la Humanidad, quien haya viajado entre los pueblos en que el romanismo ha predo minado y entre los pueblos en que el protestantismo ha regido por mucho tiempo, notará esta diferencia.

Paso por alto otros abusos que han nacido de este error funestísimo acerca de la concepción de la Iglesia, como es la supremacía del papa sobre el poder civil, la creación de la Inquisición, etc. Todas estas cosas nacen del concepto erróneo de la Iglesia, concepto que radica en identificar a la jerarquía visible y humana con los elementos divinos que tiene la Iglesia. Yo dije hace unos años en mi libro *El mejor camino*: «Para el romanismo, el cielo y la tierra quedan enteramente subyugados a la voluntad papal; ni al cielo le queda ya otra manera de comunicar sus órdenes que por medio del papa, ni a la tierra modo alguno de recibirlas si no media la interpretación del mismo. Parece mentira que puedan estamparse, cuánto más creerse, tales monstruosidades. Y como puede el lector cerciorarse, reproduzco nada menos que una bula de Pío IX, que citada queda al margen, para quien ansie leerla. En cambio, el protestantismo dice: Ahí tienes el código fundamental de tus creencias, preceptos y sacramentos; acógelo con respeto, porque es divino; léelo con veneración, porque viene del cielo. ¿Quieres creer? Busca, que ahí encontrarás tu fe. ¿Quieres obrar correctamente? Indaga, que allí encontrarás tu moral. ¿Vacilas? ¿Dudas? No busques humano apoyo; implora al cielo y el mismo Espíritu Santo que dictó e inspiró a los que escribieron, dictará e inspirará también a tu conciencia. ¡Qué notable diferencia! El romanismo circunscribe la acción del Espíritu Santo, y se interpone, como una valla, como una penumbra entre Dios y la Humanidad; el protestantismo quita todo obstáculo y entabla entre el cielo y la tierra, entre Dios y el hombre, una constante y amplísima comunicación».

JUAN ORTS GONZÁLEZ.

PENSAMIENTOS

El recuerdo de la muerte debe apartar al hombre de los vicios y de los deseos immoderados. — Quilón.

La paz obtenida con la punta de la espada no es más que una tregua. — Proudhon.

Trata a tu inferior como quieras ser tratado por tu superior. — Séneca.

No hay cosa más cerca ni más lejos, más encubierta ni más descubierta que Dios. — Fray Luis de León.

JUNTO A LOS RÍOS DE BABILONIA

UN cuadro conmovedor se nos presenta ante la vista, al recordar al pueblo de Israel, cautivo, sentado junto a los ríos de Babilonia. Esparcidos por sus orillas, desolados, lloran afligidos ante la perspectiva del yugo de servidumbre a que se veían sometidos por su alejamiento de Dios y la imposibilidad de poder volver a ver Jerusalem, la ciudad de sus ensueños. Las fatales consecuencias de su idolatría no podían ser más tristes.

Cantadnos alguno de los himnos de Sión, les pedían sus guardianes, sin comprender el dolor que forzosamente tenía que anidar en el corazón de aquellos que en otro tiempo habían experimentado el grandioso poder y la misericordia de su Dios, librándoles de todos sus enemigos y guardándoles, aunque al parecer les había abandonado. ¿Cómo cantaremos canción de Jehová en tierra de extraños?, respondían ellos, dando a comprender así la imposibilidad de complacerles por el temor de profanar las cosas santas, llevándolas a los sitios que sus pecados les habían llevado a ellos. También revela esta negativa la amargura de espíritu en que estaban, que también expresaban con sus lágrimas, al acordarse de Sión.

No les faltaba razón. ¿Cómo iban a estar alegres?, ¿cómo iban a cantar, lejos de su patria, de Jerusalem y de su Templo? Resulta imposible toda alegría espiritual cuando, en pos de nuestros pecados, nos apartamos de Dios.

Todos los instrumentos musicales que antes alegraban las viviendas de Jerusalem, cantando las proezas del Gran Jehová, estaban colgados de los sauces. ¡Triste espectáculo es el que ofrece el pueblo de Dios en esta dolorosa página de su historia! Pensar que Dios había estado siempre propicio a ayudarles, protegerles y librarles de todos sus enemigos, y verse ahora así, abandonados, sin protección, al parecer, y esclavos de un tirano que les había vencido, por haberle dejado a Él, al Dios vivo, tenía que ser verdaderamente triste. Mientras Jehová fué su Dios, los guardó y prosperaron; pero cuando ellos le dejaron por los ídolos falsos, se encontraron en Babilonia. Recogían lo que habían sembrado, y ¡con qué amargura de espíritu recogían el fruto de sus pecados!

¡Cuántos cristianos viven en estos tiempos en las orillas de tantos ríos de Babilonia, cautivos del pecado, privados de todo gozo y alegría espiritual, sin que les sea posible poder cantar aquellos himnos que con tanta unción espiritual cantaban en otros tiempos! Sumisos a la voluntad de Dios, dispuestos siempre a obedecerle, el gozo del Señor era su fortaleza. Pero ahora, alejados de Dios, privados de la íntima comunión con Él, en vez de alegría tienen tristeza, y en lugar del canto

hay un lamento. A veces razonamos aún para justificar nuestro alejamiento de Dios. Nos rodea tanta maldad, que creemos que hay en ello razón suficiente para vivir lejos de nuestro Dios, sin ver que cuanto más nos alejamos tanto más nos hundimos en el mal, y que si, por lo contrario, nos hubiésemos acercado a Él, cuanto más cerca de Él viviésemos más alejados del mal estaríamos.

Queda, sin embargo, una esperanza. El salmista pone en boca de los cautivos, que esperaban su liberación de parte de Dios, aquella expresión del júbilo que tendrían luego, cuando Jehová hiciera tornar la cautividad de Sión: seremos como los que sueñan, dice. Entonces nuestra boca se henchirá de risa, y nuestra lengua de alabanza. ¡Cristiano, si por tantas cosas que pueden pasar en el mundo, te encuentras en la actualidad junto a los ríos de Babilonia, cautivo del pecado, desconsolado y triste, por ver lo que otros hacen que no debieran hacer, y ansias volver a tener aquel gozo espiritual que tanto te satisfacía antes, aquel primer amor que te impelia a alabar continuamente al Señor con salmos e himnos y canciones espirituales, queda también una esperanza para ti. Jesús espera que vuelvas a Él. Entonces tu boca también se henchirá de risa; tu lengua, de alabanza. Y cuanto más cerca vivas de Él, tanto más lejos estarás de tanta maldad como impera en el mundo.


SAÚL DEL VILAR.

El Domingo de la Prensa.

Después de escrito y publicado el artículo que nuestro querido compañero D. Agustín Arenales escribió proponiendo la celebración del Domingo de la Prensa, recibimos el *Estandarte Christao*, de Brasil, y en él leemos que el Sínodo de la Iglesia Episcopal Brasileña en su última reunión ha acordado que el Domingo 3 de Septiembre sea considerado como *Domingo de la Prensa*, y que en dicho día en todas las Congregaciones sean hechas colectas para ayudar a la publicación del referido periódico. Veán, pues, nuestros lectores, cómo lo que propone el señor Arenales, no es una cosa descabellada ni mucho menos, sino algo muy lógico. La Iglesia Romana tiene ya hace tiempo su *día de la buena Prensa*, y en otros países existe ya también el Domingo de la Prensa.

¿Por qué no hacer nosotros lo mismo? Los buenos ejemplos siempre son dignos de imitación.

Recomiende a sus amigos

 ESPAÑA EVANGÉLICA

LA BARBARIE DE LA CIVILIZACIÓN

I. EL MULETO.

En linda pradera le vi por primera vez; comía de las hierbas verdes, bebía el agua clara del arroyo, tomaba el sol cuando estaba harto y buscaba la sombra del castaño si el calor le parecía demasiado fuerte. De repente, salía corriendo, saltando como un gamo, y volvía a pararse, porque el olor de una flor le había dado en las narices. Al atardecer le encerraban en la cuadra; por la mañana le volvían a soltar. Así pasaba sus días, crecía y fortaleciase; hacía destrozos en las vides y en las higueras cuando le dejaban y se escapaba a los sembrados cada vez que podía. Su amo le contemplaba con satisfacción y se echaba sus cuentas: «ya tiene año y medio y está hecho un buen mozo; dentro de otro año podrá ayudar a trillar; luego hará la sementera y después ya valdrá para todo lo que haya que hacer; pero ahora aún le dejaremos jugar, y comer, y correr». Y le dijo un amigo: «pues ahora ya puede valer para algo; si una fanega le pesa demasiado podrá llevar media, y si no es capaz de tirar lo mismo que los otros mulos, algo debe hacer; así se irá acostumbrando». Pero el amo le dijo: «No, todavía no; si le obligamos demasiado pronto, no llegará nunca a dar de sí todo lo que rendirá con el tiempo; si ahora le tratamos bien, mucho mejor trabajará mañana.»

Algunos días después pasaba yo por las calles de Madrid; muchachos de doce y de trece años salían del trabajo, marchaban a sus casas; mozalbetes mostraban en sus caras la alegría de haber terminado sus tareas; niñas tiernas se despedían de sus compañeras hasta el día siguiente. Jóvenes que debían ser robustos y ágiles por su edad, marchaban con paso cansado; muchachas que abandonaban el taller, tenían en el rostro las huellas de la fatiga. Uno hacia esfuerzos por aparentar que le gustaba el cigarrillo que iba fumando; otros, al pasar delante de una taberna, se detuvieron y terminaron por tomar unas copas, «como hombres». Ésta se balanceaba encima de unos tacones altos, mientras aquella, con talle y cara de niña, ya esperaba la compañía de su novio, héroe de tal vez diecisiete años, que se acercaba entre tímido y presumido.

Y dije yo para mí: el gañán sabe respetar la juventud de un muleto, y el labrador consiente en gastarse fanegas de cebada y arrobas de paja sin provecho inmediato; pero los padres de niños y niñas los arrojan al trabajo antes de tiempo, y los Padres de la Patria se lo toleran.

Máxima debetur puero reverentia, dijo el sabio; muy grande respeto se debe al muchacho; pero nuestra civilización no quiere el latín, y la fuerza del Evangelio aún no ha acertado a infundirle un poco

de sentido común. En cambio, tenemos partidos políticos que hacen todo lo posible por destruir la familia, desligar a los adolescentes de su hogar y arrancar de su vida las flores de la juventud.

II. LAS FLORES.

¡Salid al campo y abrid los ojos! No hay época del año en que no se puedan hallar flores. Pocas, escondidas en el invierno; pocas, escondidas en el rigor del verano; profusión de ellas en la primavera; siempre las hay y siempre son bellas. El Creador ha querido que el cansado caminante las viera al marchar por veredas llenas de piedras y de polvo; que el gañán, al conceder un breve descanso al ganado, recreara en ellas su vista; que el pastor las contemplara estudiando sus formas y colores. Aun en los centros de la civilización, el hombre no ha podido prescindir completamente de ellas. En los banquetes, antes de llenar la panza, los comensales las tienen a la vista, aunque pronto las olviden. El Excelentísimo Ayuntamiento (ya nos contentaríamos con que fuera excelente sin superlativo) gasta cantidades regulares en unos pequeños jardinillos y pocos parques, aunque gasta más en adoquines; en algunas plazoletas venden las que han traído de fuera; hasta hay algunas casas con jardines. Al visitar la vecina enferma nos gusta llevarle un ramito, saludo de sol y aire y paz, que alegre un poco la estancia del dolor; y en su despacho, el escritor levanta de vez en cuando sus ojos cansados para fijarlos en una linda rosa, que le recuerda aquella otra más linda, que allí colocó el florero de Talavera.

Pero fuera de la ciudad es donde se ven las flores en toda su gloria, reunidas en grupos las unas, diseminadas las otras; ésta presentándose opulenta y llamativa; aquella modestamente ocultando su hermosura. Ved los tallos que las sostienen, las hojas que les sirven de fondo, los colores que las adornan; aspirad el perfume que exhalan, y contemplad una y otra y mil veces la soberana belleza de la línea. El césped a vuestros pies, los arbustos que os rodean, los árboles que os dan sombra, todo ello adornado de flores: esa es la obra del Creador.

Volved luego a la ciudad: muros de piedra que obstruyen el horizonte; en vez de árboles, columnas de hierro que sostienen alambres o globos de cristal, humo de gasolina, estruendo de camiones, casas que parecen calles verticales, habitantes que no se conocen más que para hacerse daño, y por fin, gloriosa corona de la civilización: la motocicleta con *sidecar*.

Las flores del campo nos dicen que Dios nos ama; que ha querido adornar el camino de nuestra vida, para que, al sufrir las consecuencias inevitables del pe-

cado, sin embargo, podamos recordar de vez en cuando el Paraíso, ahora perdido, pero que nos espera al fin de nuestra peregrinación. Las flores le hablan a todo mortal un lenguaje claro; el niño y el anciano, el enfermo y el abatido lo entienden: Dios nos promete vida bella y en abundancia. Los centros de civilización dicen: «Al prójimo, contra una esquina.»

JORGE FLIEDNER.

AL HIJO PRÓDIGO

No yerres, albergando en tu mente ideas falsas acerca de méritos.

No te quedes, llorando, junto a la artesa de los cerdos y diciendo: «No tengo méritos para ir a presentarme ante mi padre. No soy digno de él. Me quedaré aquí, sufriendo para adquirir méritos.»

Es un error fatal el del pecador que piensa adquirir méritos para, entonces, acudir a Dios con ellos.

A Dios se va tal cual uno se halla, o no se va.

Jesús es el Salvador de los *pecadores*; de los pecadores, tales cual son, tales cual están. No pretendamos ayudarle (!) a salvarnos.

Todos los sacrificios imaginables — aun el de entregar nuestro cuerpo al martirio — son incapaces de limpiar la más mínima mancha del alma. Por consiguiente es una ilusión, enteramente infundada, la de pretender adquirir méritos para ofrecerlos a Dios.

Los únicos méritos posibles, los únicos aceptos a Dios, son los méritos de Cristo. Es exclusivamente en virtud de los méritos de Él por lo que Dios nos perdona y nos salva.

Escucha, hijo pródigo, la voz que te aconseja decir: «Me levantaré e iré a mi padre y lo que quiero decirle, se lo diré, y si quiero llorar, lloraré con mi frente reposando en su seno, mientras reciba los besos de su amor.»

Escucha, sí, esa voz, pobre pecador, y acércate al que te llama. Cristo te dice: «¡Echa sobre mí tu carga!»

Renuncia a tus calculados arrepentimientos y vanas penitencias y pretendida adquisición de méritos que no pueden existir más que en tu cabeza enferma o mal aconsejada por falsas religiones. Tu Salvador te llama, te quiere recibir tal como eres, tal como estás. No pretendas desechar con tus pretensiones de adquisición de méritos, los infinitos méritos de tu Salvador, los únicos válidos para la salvación.

Renuncia a todo lo que has creído que te serviría de fundamento para implorar la clemencia divina y mira a Cristo, acude en tu corazón a Cristo, sola única, exclusivamente a Cristo, y serás salvo.

ESPAÑA EVANGÉLICA

quince céntimos.

DE ACTUALIDAD

De martes a martes.

El otoño. El verano ha terminado. Las imperiosas vacaciones del estío tocan a su fin. Los trenes llegan a la ciudad abarrotados de gente, con los cuerpos cansados y los rostros curtidos por las brisas del mar y el aire de la sierra. ¡Y cuántos, al ver sus bolsillos exhaustos, hacen promesa de no reincidir... hasta el verano que viene! Universidades, Academias, Ateneos, se disponen a abrir sus puertas. El Salón de conferencias del Congreso se anima por momentos, presagio de la apertura de las Cámaras. La Villa y Corte va recobrando rápidamente su aspecto característico. La decoración está cambiando, y en la primera mutación ya hemos visto a la diosa Temis desenvainando su espada y levantando en alto la simbólica balanza; es decir, que ya tenemos

Los Tribunales abiertos. En Madrid, la ceremonia se ha celebrado, el día 15, en el paraninfo de la Universidad, con la solemnidad de costumbre, pronunciando el discurso de rúbrica el ministro de Gracia y Justicia, Sr. Ordóñez, discurso que sería digno del mayor aplauso, si no le ocurriera lo que dicen que ocurre con el infierno, que está lleno de buenas intenciones, ya que pasada la ceremonia, todo, en materia de justicia, seguirá lo mismo que estaba. Eso de que los jueces, a medida que ascienden, vayan pasando a distintos departamentos: de lo civil a lo criminal, de éste a otro departamento, y así hasta llegar a la magistratura del Supremo, impidiendo el que los hombres lleguen a especializarse en una materia determinada, es una cosa contra la cual va el ministro en su discurso, pero que seguirá sucediendo como hasta aquí. Muy notable fué también la memoria del fiscal, y muy acertadas sus conclusiones; algunas de las cuales, como la del cierre de las tabernas en Domingo, merecen nuestra sincera aprobación. España no es un país de borrachos, y, sin embargo, una medida tal, llevada a la práctica, traería buenos resultados. Pero más que tales discursos ha sido objeto de toda clase de comentarios.

El discurso que ha pronunciado en Tenerife, como mantenedor de los Juegos Florales que allí se han celebrado. Hemos visto, en boca del antiguo director de *Progreso*, cosas verdaderamente peregrinas, y que nos hacen ver en el Sr. Lerroux uno de tantos políticos acomodaticios. El revolucionario de un día, el que fué coco del régimen, el que llegó a gozar de la popularidad en Cataluña, es hoy el hombre que defiende el aumento de dietas de los diputados, que afirma que como gobernan-

te aplicaría la pena de muerte tantas veces como fuera preciso, y que dice que para abandonar Marruecos tendríamos que abandonar Cataluña, Andalucía, Galicia. Si esto no es hacer oposiciones a una poltrona ministerial en algún Gabinete de concentración, no sabemos lo que es. Y es claro, con políticos de esta clase, cómo pensar que los problemas nacionales puedan arreglarse! Dos de ellos hay actualmente:

La madera y el carbón, y aunque de ambos hay buenas impresiones, lo cierto es que están sin solucionar. El *lock-out* del ramo de la madera lleva muchos días sin resolver. Sin embargo, es de esperar que se impondrá en patronos y obreros el buen sentido, y que con mutuas concesiones, ya que los tiempos no están para que tiren de la cuerda ni unos ni otros, todo quedará arreglado. Simultáneamente, Asturias se levanta contra el Tratado concertado con Inglaterra, que perjudica grandemente sus carbones por las facilidades dadas al carbón inglés, y no falta quienes vean que, de no darse satisfacción a los asturianos, el carbón será el germen del regionalismo en esa parte de España. Y como nunca llueve a gusto de todos, he aquí que los naranjeros de Levante urgen al Gobierno para que se apruebe el Tratado con Inglaterra. La protección a la industria nacional es una cosa que todos los españoles desean, si ello no implica un atentado al bolsillo del consumidor, que es, en fin de cuentas, el que siempre paga el pato, como está ocurriendo con el dichoso

Servicio de Comunicaciones. Pasan los días y el arreglo, tan cacareado por el ministro del ramo, no se ve por ninguna parte. Ahora se habla de camiones misteriosos que a las altas horas de la noche llevan sacas de correspondencia desde el Palacio de Correos al antiguo caserón de la calle de Carretas, y aunque esto se ha negado por la superioridad, cuando el río suena agua lleva. Aquí del cuento del marinero y la tetera; aquellos de nuestros lectores a quienes faltan algunos números de este semanario no se apuren por ello, no se han perdido, ya saben dónde están. Pero nos estamos quejando de vicio. Nos inquietamos porque las cartas tardan en llegarnos. ¡Pues qué diríamos si con nuestra correspondencia ocurriera lo que con

Una llave en Inglaterra, que ha tardado cuarenta y seis años en llegar a su destino! Fijense nuestros lectores, ¡medio siglo! Según cuenta la Prensa de aquel país, se acaba de entregar una llave en la cervecería de Cobham que fué depositada en la oficina de Correos de Darmouth el día 23 de Diciembre

de 1876, y que iba enviada al entonces dueño de la cervecería. Si esto ocurre en Inglaterra, donde hay un servicio de correos bien montado y donde la puntualidad es un símbolo (nada más que un símbolo, ¡eh!), ¿cómo extrañarnos que aquí, con un servicio trastornado, pase lo que está pasando? Pero otra llave es la que hoy preocupa al pueblo inglés y a otros muchos pueblos:

La llave de los Dardanelos, que se teme, no sin fundamento, que pase al poder de la Sublime Puerta. Las noticias de la guerra greco-turca son verdaderamente desconsoladoras. Bandas de malhechores han incendiado gran parte de la ciudad de Esmirna, viéndose ya millares de personas reducidas a la miseria más espantosa. El gran incendio de Londres, del siglo XVII, no tiene importancia, comparado con el actual de Esmirna, que lleva ya reducida a cenizas una extensión de más de tres kilómetros y medio. Y mientras los aliados conminan a Turquía para que ponga coto a los desórdenes en Esmirna, e Inglaterra se dispone a todo trance a mantener la libertad de los estrechos, cosa que afecta a toda la Humanidad, ya que el estrecho de los Dardanelos es el camino marítimo de Rusia con el resto del mundo, y no hay duda de que ella volverá a ser algún día el granero de la Humanidad; mientras todo esto ocurre por una parte, Mustafá Kemal se dispone a ir contra Constantinopla, si los aliados no se la dan de buen grado. Que no parecen dispuestos a dársela lo evidencia el envío de ejércitos y escuadras para defender, si es preciso, la neutralidad de la ciudad de Santa Sofía. Entre tanto, los más elevados problemas preocupan a la Iglesia de Roma, y ya tenemos a

Los cardenales por el aire. Si, señores, nada de broma, que en esta clase de noticias no somos más que eco del clericalísimo *A B C*. «Los cardenales Tacci y Ranuzzi, de Bianchi, que recibieron días pasados en Loreto su bautismo del aire, han expresado al Papa su satisfacción con tal entusiasmo, que Pío XI, a su vez, ha demostrado deseos de experimentar las emociones del vuelo. Conocedores de este deseo, varios personajes de la aristocracia milanesa han nombrado en seguida una comisión para regalar al Soberano Pontífice un magnífico aeroplano.» ¡Adiós leyenda del prisionero del Vaticano!

DOMINGO DE RAMOS.

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

DIRECCIÓN
NOVICIADO, NÚM. 3
MADRID - 8

ADMINISTRACIÓN
BENEFICENCIA, N.º 18
MADRID - 4

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

Esta semana.

Domingo 24. — Cultos públicos, con predicación, en todas las iglesias de Madrid, a las horas de costumbre.



Datos interesantes.

Con motivo de la información que hemos publicado de la conferencia de Copenhague, un querido amigo y suscriptor de este semanario, que reside en Aytona (Lérida), nos pide en atenta carta que remitamos a determinadas personas de Roskilde el número que publicó la excursión a dicho lugar, y al mismo tiempo nos da los siguientes curiosos datos, que con seguridad leerán nuestros lectores con interés: «Creo que será sensacional en Roskilde si llega allí un periódico español y evangélico, que habla de aquella ciudad. Aunque usted, yo, y ahora los lectores de ESPAÑA EVANGÉLICA, serán los únicos españoles que sabemos algo de Roskilde, hace un poco más de cien años que unos siete mil españoles andaban por allí, con el marqués de la Romana, creo, luchando a favor de Napoleón, cuyas filas abandonaron luego para venir a España a luchar contra Napoleón; y da la rara casualidad que un buen número de aquellos españoles, no sólo eran de la provincia de Lérida, sino precisamente de los pueblos de la comarca en donde escribo ahora esta carta. Si en aquella época se hubieran inventado ya las tarjetas postales, seguramente alguna podría encontrarse todavía por los pueblos de por acá.»



La visita del Rdo. Bridge.

Como anunciamos a nuestros lectores, hemos tenido el privilegio de recibir la visita de nuestro querido amigo y colaborador, el Rdo. P. G. Bridge, de la Universidad de Allahabad, el cual predicó en los cultos del pasado Domingo en la iglesia de la calle de la Beneficencia.

Por la mañana se ocupó del fundamento de la religión e indicó la experiencia personal de cada cristiano en el contacto con Jesús como la base de la fe, y por la tarde demostró la obligación que tiene todo cristiano de dar testimonio de su experiencia, basándose en los Hechos de los Apóstoles y en las palabras: «Y me seréis testigos en Jerusalem, en Samaria y hasta lo postrero de la tierra.»

El público escuchó con mucha atención al predicador, y se felicitó de haber tenido el placer de escucharle.



Federación de Escuelas Dominicales.

La vacante ocurrida por el fallecimiento de D. Juan Uhr, de Valencia, ha sido cubierta por D. Carlos Araujo Garcia, de

Madrid, quien ha aceptado el nombramiento y de cuya colaboración se espera un nuevo impulso para la Federación.

El Amigo de la Infancia ha seguido publicándose con regularidad, a pesar del déficit que amenaza su existencia. Se han recibido varios donativos para esta publicación; pero hay muchos aún que todavía no han encontrado la oportunidad de enviar su óbolo al tesorero D. Percy Bufard, en Valdepeñas.

Para la Estadística de la Asociación mundial de Escuelas Dominicales hacen falta los datos de España, cuya indicación nos interesa el secretario de la Misión Continental de la Unión de Escuelas Dominicales, en Londres. Rogamos muy encarecidamente a todos los pastores y evangelistas que tengan Escuelas Dominicales envíen a LA MAYOR BREVEDAD los datos necesarios al secretario, don Teodoro Fliedner, Bravo Murillo, 63, Madrid.



REGISTRO

Matrimonios. — El Domingo 3 de los corrientes, en la capilla evangélica de León, tuvo lugar el enlace de D. Cristóbal Peñín Alonso con la señorita Carmen País Simes, hija del pastor de esta congregación, D. Francisco País Solla. Actuó en la ceremonia religiosa el pastor de la Iglesia Bautista de Valencia, D. Nicolás Bengtsson. A continuación nuestro pastor disertó sobre «La libertad de la mujer».

Deseamos a los recién casados las bendiciones del Altísimo en su nueva vida y hogar.

— El 1.º del mes corriente se unieron en santo matrimonio, en La Carolina, provincia de Jaén, previo el contrato civil, don Salvador González, profesor de las escuelas evangélicas de la Santísima Trinidad, en Sevilla, y la señorita Nieves Amell.

Un periódico local se ocupó de nuestra ceremonia, juzgando que las «bodas protestantes tienen más emotividad y más sencillez» que las católicas, y afirmando que «el acto resultó muy solemne, mucho más solemne que los que se celebran en la Iglesia».

Fallecimientos. — En El Campillo (Huelva), donde había ido a reponerse de larga y penosa enfermedad, durmió en el Señor, el 31 de Agosto próximo pasado, a la edad de sesenta y cuatro años, D.ª Carolina Ortiz Morillas, miembro de la Iglesia de la Santísima Trinidad, en Sevilla, viuda que fué del pastor de la misma Iglesia, D. Manrique Alonso Lallave.

Nuestro sentido pésame a su familia.

— El 9 del actual durmió en el Señor, en la Enfermería Evangélica de Barcelona, D.ª Palmira Forcadell. El sepelio tuvo lugar al siguiente día. Reciba su esposo y demás familia nuestro más sentido pésame.

La casa central

DEL

protestantismo francés.

SEGÚN acabamos de leer en la Prensa evangélica de Francia, el 28 del pasado se ha inaugurado en París la casa central del protestantismo francés. Hace mucho tiempo que nuestros hermanos de aquel país soñaban con tener en la capital una casa donde pudiera estar centralizada toda su actividad, a la vez que las diferentes obras o movimientos tuvieran sus oficinas, y donde, al mismo tiempo, pudieran celebrarse reuniones, conferencias, etc.; una casa, en fin, que pudiera considerarse como el hogar protestante. Este sueño es ya una realidad gracias al generoso auxilio de los americanos, que han dado a la Federación de Iglesias Protestantes de Francia la suma de 600.000 francos para dicho objeto. El inmueble ha sido comprado en 825.000 francos, y con las reparaciones hechas y mobiliario adquirido, pasará su coste total del millón de francos. Está situado en el número 47 de la calle de Clichy y tiene suficiente capacidad para los usos a que se destina. Al acto de la inauguración, que fué presidido por M. Gruner, presidente de la Federación, asistió un público numeroso, que representaba las diferentes denominaciones del protestantismo francés. Asistió también el Dr. Macfarland, secretario de la Federación de Iglesias de Cristo en América e intermediario de éste y otros donativos que la Federación de América ha hecho a su hermana la Federación francesa.

En España se está también trabajando en pro de la Federación de Iglesias Evangélicas. La Conferencia de Madrid, celebrada en el pasado Marzo, puso de manifiesto el interés que hay por parte de varias denominaciones en llegar a la Federación. Sin embargo, parece que se tropieza con algunos obstáculos, y no por parte de los españoles, ciertamente, esto es la verdad. Esos obstáculos sólo pueden obedecer a un total desconocimiento del asunto y de la influencia que en la causa del Evangelio en España ejercería la acción conjunta de los evangélicos españoles. Creemos, no obstante, que esos obstáculos serán vencidos, y que la Federación en España será pronto un hecho. Vaya, entre tanto, nuestra cordial enhorabuena a los evangélicos franceses por el nuevo paso que han dado en el adelantamiento de su obra.

El tiempo es un gran velo suspendido delante de la eternidad como para ocultárnosla. — Tertuliano.

—
La iglesia es el lugar único donde no se nos hace esperar; siempre encontramos en ella a Aquel a quien buscamos. — Mad Swetchine.



(Continuación.)

— ¿Y pueden decirme, señores, quién es esa persona? Porque no sé a punto fijo de quién se trata.

— Pues, sí, señor; se trata de Esteban, mejor dicho, de «Esteban el protestante», el hereje, el apóstata, el renegado, que éstos son los apodos que merece.

— Pues, señores míos — dijo el maestro —, ese hombre que habéis nombrado tendrá todos esos títulos que le adjudicáis, pero para mí es un hombre honrado, trabajador, puntual y el hombre de más confianza que tengo en mi casa; y por lo tanto, no puedo complacerles en eso. Si en otra cosa puedo servirles, lo haré con gusto; pero en eso, de ninguna manera.

— Pero, ¿es posible que usted diga eso? ¿Usted le conoce bien? ¿Usted sabe que está escandalizando al pueblo, y que hasta su esposa y su hija han tenido que abandonarle por sus impías costumbres, y su mala vida, y su mal ejemplo? ¿Cómo es posible que usted no sepa eso? Porque seguramente usted ignora estos detalles, y por eso habla así de él. ¿No es verdad, señor Ferrer, que usted ignora eso?

— Señores, me extraña mucho que digáis eso, cuando es público y notorio que la vida y costumbres de Esteban han mejorado tanto, que a los que le conocían en otro tiempo, como yo le he conocido, nos parece que es otro nuevo hombre. A mí me consta, señores sacerdotes, que Esteban era un borracho, un jugador; que daba a su esposa y a su hija muchos disgustos; que malgastaba todo lo que ganaba, mientras que ahora ni bebe, ni juega, ni daba mala vida a su familia, sino que, por el contrario, le entregaba a su esposa todo lo que ganaba, y la trataba con tanto amor y cariño que sus vecinos estaban admirados. Y en cuanto a lo que a mí se refiere, puedo decirles, señores, con toda verdad, que es el mejor operario que tengo en mi casa.

— Pero, entonces — dijo el padre Ambrosio —, ¿cómo es que su esposa y su hija han tenido que abandonarle? ¿Cómo se comprende eso?

— ¡Ah!, señores sacerdotes, eso lo sabéis vosotros mucho mejor que yo. Si su esposa y su hija le han abandonado, no ha sido por su mala conducta, sino por haber cambiado de religión; y vosotros, que debierais haberles aconsejado que no le abandonasen, pues según mi parecer el hombre es libre para pensar y creer aque-

llo que le parezca mejor y más conveniente, les habéis aconsejado lo contrario; con lo cual habéis cometido una gran infamia, pues habéis encendido la guerra en un matrimonio y habéis dado lugar a que tanto él como ellas se vean en el mayor desamparo y desgracia. ¿No es eso lo que habéis hecho, señores ministros de Jesucristo? Podéis estar orgullosos y satisfechos de vuestra obra. Yo, señores, entiendo bien poco de religión; pero me parece que, como dice Esteban, «el árbol se conoce por sus frutos».

¡Ah!, sí, sí — dijo el padre Saturnino —; ya se conoce que trabaja usted al lado de un protestante. «Dime con quién andas y te diré quién eres.» Si usted se deja también engañar por Esteban, perderá su alma como él tiene perdida la suya, y además perderá todos sus parroquianos, porque dirán que ésta es «la herrería de los protestantes». No le quepa duda alguna, señor maestro. Nosotros le aconsejamos, por su bien, que despida de su taller a Esteban; pues de lo contrario, pronto se verá arruinado y despreciado de todo el pueblo. No sabemos cómo su esposa, la señora Juana, que es tan celosa como buena cristiana, permite que usted tenga en su taller a un protestante.

— Señor — le contestó el maestro —, mi esposa sabe, lo mismo que yo, que Esteban es un honrado y fiel operario, y esto le basta; pero, además, mi esposa no gobierna mi taller, que lo gobierna yo. Vayan ustedes con sus consejos a otra parte, que aquí no conseguirán su deseo. Esteban seguirá trabajando aquí, mientras que yo viva y él también. Esta es mi única contestación.

— Bien, señor maestro — dijo el cura —; ya vemos que son inútiles nuestros consejos, y nos retiramos; pero ya le pesará a usted algún día el no haber hecho caso de nosotros.

Y diciendo esto y sacudiendo sus mantos, volvieron las espaldas y salieron del taller.

Ya en la calle, dijo uno de ellos:

— Hemos cometido la mayor de las torpezas; una torpeza imperdonable.

— Pero, ¿por qué? — dijo el otro.

— Pues, ¿por qué ha de ser? ¿A quién se le ocurre, como a nosotros, el venir a tratar de eso con un hombre como Ferrer, que ni va a misa, ni se confiesa, ni asiste a ninguna función religiosa? Si en vez de venir a él nos hubiésemos dirigido a la señora Juana, su esposa, de seguro que

hubiésemos conseguido nuestro deseo. — ¡Ca! — dijo el otro —; ¿no oyó usted lo que dijo de que su esposa no gobierna en el taller?

— No importa, amigo mío, no importa; a una mujer se la convence más fácilmente que a un hombre, y la mujer hace lo que quiere de su marido. Eso debe usted saberlo lo mismo que yo. La mujer que acostumbra a confesarse con frecuencia, se hace la esclava del confesor, y hace de cabeza todo lo que éste le ordena. ¿No es así?

— Tiene usted razón. Esto nos puede servir de lección para el segundo paso que esperamos dar.

— ¡Claro que sí, ya lo había yo pensando; al ir a la casa de D. Enrique Rodríguez hemos de informarnos primero de si está él en casa o no. Si está, nos marchamos y volveremos a otra hora; pero si no está, entramos y hablamos con doña Genoveva, y tenemos ganada la batalla; ¿no le parece?

— ¡Claro que es así; ya lo creo! ¡Digo, doña Genoveva, que es el alma y la vida de nuestros templos! Apenas le decimos que tal o cual santo está desmejorado, ya está mandándolo arreglar; y si le decimos que la Virgen tal necesita un manto u otra cosa, ya se lo está comprando; y si le decimos que hay que hacer reparos o arreglos en el templo, ya está su caja de caudales en movimiento. ¡Pues no que no! ¡Vamos, vamos allá!

Efectivamente; los dos padres de almas tenían razón. Doña Genoveva Corconte, mujer de bastante buen sentido, era, sin embargo, una de esas señoras que se dejan explotar, sin darse cuenta de ello. Su esposo, don Enrique, le reprendía a veces su costumbre de dar dinero tan tontamente (como él decía) a los curas y frailes; pero, queriendo estar en paz con ella, la dejaba en completa libertad de acción.

Sentada estaba en su despacho, leyendo una carta, cuando le anunció la criada que dos señores sacerdotes querían hablar con ella unos momentos.

— Que pasen; que pasen en seguida — dijo a la criada, dejando la carta sobre la mesa de su despacho y saliendo a recibirlos.

— Muy buenos días, doña Genoveva. ¿Qué tal anda de salud? — dijéronle los dos visitantes.

— Muy buenos días, señores padres — dijo ella —. ¿A qué debo tan buena y santa visita?

— ¿Está don Enrique en casa? — le preguntaron.

— No, señores míos, no; acaba de salir en este momento.

— ¡Qué lástima! — dijo hipócritamente el padre Saturnino —. ¡Cuánto hubiésemos querido verle! Pero, en fin, se lo diremos a usted que es lo mismo, ¿no es eso?

(Se continuará.)

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

Esfuerzo Cristiano

Buscando un éxito mayor para nuestra Sociedad.

Dom., 1.º de Octubre. Mateo, 22, 1-10.

REUNIÓN DE CONSAGRACIÓN

Lema para la reunión.

Id, pues, a las salidas de los caminos, y llamad a las bodas a cuantos hallareis. (Mat., 22, 9.)

Al empezar el curso.

Con esta reunión empiezan las Sociedades un nuevo curso, y sería muy conveniente que en ella se estudiaran nuevos trabajos para llevar a cabo. En ninguna manera debe pensar una Sociedad que ya ha hecho cuanto podía, o que ha logrado la plenitud de su desarrollo. Siempre hay nuevos caminos inexplorados para poder recorrer; trabajos que podemos perfeccionar; planes que acometer; propósitos que llevar a la práctica. Aspirase a que el curso que se empieza sea el más bendito de cuantos haya tenido la Sociedad, y si en ello ponemos *todos* un ardiente propósito, mucho se conseguirá mediante el auxilio divino.

Sugestiones bíblicas.

El reino de los cielos es un reino de alegría, de regocijo y de toda delicia. (V. 2.)

Los invitados a la fiesta del Rey, hacen con frecuencia caso omiso de la generosa invitación; pero día llegará en que se arrepientan de su torpe conducta. (V. 5.)

Lo mismo los malos que los buenos son recibidos en la fiesta del Rey; pero los malos son transformados en buenos en cuanto atraviesan los umbrales de la puerta. Cuidad, pues, no sea que los pecadores entren antes que vosotros. (V. 10.)

Temas para pensar.

¿En qué sentido necesita nuestra Sociedad un éxito mayor?

¿Quién está detrás de cada uno de nuestros éxitos?

¿Qué debe hacerse si una Sociedad fracasa en algún asunto?

Pensamientos.

La condición fundamental del éxito del Esfuerzo Cristiano es la consagración. Debemos amar al Señor y su obra con todo nuestro corazón.

Muchas Sociedades están fracasando porque creen que todo lo saben; y no procuran fijarse en lo que otras Sociedades están haciendo.

El dirigir una Sociedad de Esfuerzo Cristiano constituye un gran privilegio y responsabilidad. Y los miembros de la Junta deben saberlo convertir en beneficios para todos los socios.

Ilustraciones.

Mirando Edison el Océano Atlántico, lamentó que quedase sin utilizar la fuerza que desarrollan las olas en su movimiento. ¡Con cuánta más razón debemos lamentar los cristianos que se desperdician tantas fuerzas humanas como vemos!

La perfección que alcanza un trabajo cualquiera está en proporción directa del esmero que se ha puesto en su ejecución. Igual regla existe para las labores del Esfuerzo Cristiano.

Referencias bíblicas.

Ef., 6, 21; Col., 1, 7; Luc., 16, 10; Fil., 1, 27; 1.ª Tes., 3, 10; Col., 4, 12 y 13; 1.ª Tim., 4, 12; 1.ª Ped., 4, 7.

Sociedades infantiles.

Dom., 1.º de Octubre. — Un ciego que vió a Jesús. (Juan, 9, 1-7.)

Lunes . . . El ciego y sus amigos . . . Juan, 9, 8-10.
Martes . . . Lo que dijo el ciego . . . Juan, 9, 11 y 12
Miércoles. Los fariseos Juan, 9, 13-17.
Jueves . . . Sus padres. Juan, 9, 18-23.
Viernes . . . Respuesta a los fariseos Juan, 9, 24-34.
Sábado . . . Jesús y el ciego Juan, 9, 35-39.

Expónganse las lecciones espirituales que se desprenden de este milagro portentoso, de la ceguera espiritual, sus causas y único medio de curarla.

¿Para qué nos ha dado Dios la vista? ¿Por qué creemos que es desgraciado el que no puede ver? ¿Qué otra clase de vista tiene el cristiano? ¿Quién la da? ¿Por qué son los ojos un don precioso de Dios?

INSISTIMOS

Estamos recibiendo cartas y postales en que nuestros abonados se lamentan de no haber recibido diferentes números de ESPAÑA EVANGÉLICA.

Con fecha 14 del actual nos dice don Patricio Gómez, de Sevilla: «El último número que llegó a nosotros de ESPAÑA EVANGÉLICA es el 132, el dedicado a la Convención de Esfuerzo Cristiano. La semana pasada llegó también el 135 (24 de Agosto), y pare usted de contar.»

El día 12 nos escribe D. Elías Marqués, de Bilbao: «Recibí el primer paquete de ESPAÑA EVANGÉLICA ayer. Corresponde al número 135, del 24 de Agosto. Nos faltan los números siguientes, y también el número 134, que corresponde al día 17 de Agosto.»

Don José Pimentel, de Málaga, nos escribe el 10: «Esta mañana he recibido el paquete de ESPAÑA EVANGÉLICA, del 24 de Agosto. El último que recibí fué el del 10 de Agosto; me faltan, por lo tanto, los correspondientes al 17 y al 31 de Agosto y al 7 de Septiembre.»

Estas y otras cartas evidencian que parecen perdidos los números que se indican, no obstante haberlos depositado en el Palacio de Comunicaciones cuando habían transcurrido más de diez días desde que el Gobierno declaraba arreglado el conflicto de Correos y cuando se nos había asegurado que los periódicos serían despachados. ¿Estarán en las sacas misteriosas? ¿Se hallarán en las administraciones adonde fueron destinados? Lo ignoramos. Pero, ni podemos repetir los envíos, ni lo creemos oportuno por hoy. No podemos, porque el sobrante de la edición de cada número es muy reducido; y no lo creemos oportuno por hoy, porque pudieran correr la misma suerte que los anteriores. Esperemos, que algún día quedará arreglado el servicio de Correos, y como ya hemos indicado, entonces señalaremos un plazo para admitir las reclamaciones de los números perdidos y serviremos todas las que nos permita el sobrante de las ediciones.

Escuela Dominical

Pablo, obediente a la visión celestial.

1 de Octubre.

Hech., 9, 1-29.

TEXTO AUREO: Pablo, apóstol, no de los hombres, ni por hombre; mas por Jesucristo y por Dios el Padre, que lo resucitó de los muertos. — Gál., 1, 1.

¿Por qué perseguía Saulo tan cruelmente el Cristianismo? Porque sus prejuicios judíos le hacían ver en Jesús un impostor sacrificado, y no el Mesías que su nación esperaba. El creía prestar un servicio a Dios procurando extirpar la fe cristiana, que, en su opinión, era un engaño funesto.

Después de haber asolado la Iglesia de Jerusalem, pidió cartas al Sumo Sacerdote para las sinagogas de Damasco, las cuales, como todas las sinagogas, gozaban de cierto derecho, concedido por las autoridades romanas para juzgar y castigar a los judíos por delitos religiosos, aunque no podían imponer la pena capital.

El viaje de Saulo y sus acompañantes ocuparía unos seis días. Algunos comentaristas consideran muy probable que, durante las horas largas de su viaje, Saulo reflexionó sobre lo que había oído y visto en los discípulos de Jesús, recordando especialmente las palabras de Esteban y su muerte triunfante. Las palabras del Señor: «dura cosa es dar coques contra el aguijón», parecen indicar una lucha que Saulo venía sosteniendo en su conciencia.

Llegaba la comitiva cerca de Damasco, cuando de pronto rodeó a Saulo una luz más brillante que el sol, a pesar de hallarse éste en lo más alto de su carrera. En medio de aquella luz celestial, Saulo vió a Cristo glorificado. Su imagen quedó para siempre impresa en la memoria de Saulo. La visión del Señor hizo de él un apóstol, y en ella apoyó siempre su derecho a tal título (1.ª Cor., 9, 1).

El y todos los que le acompañaban cayeron a tierra. Los demás vieron la luz y oyeron el ruido de una voz; pero no vieron a Cristo ni entendieron las palabras dirigidas a Saulo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» La primera lección cristiana que Saulo aprendió fué la unión mística que existe entre el Señor y sus discípulos. El pensaba estar persiguiendo a unos pobres fanáticos ilusos, y perseguía al Ser glorioso que ahora se le revelaba en luz inaccesible.

«¿Quién eres, Señor?» «Yo soy Jesús, a quien tú persigues.» El Señor escoge su nombre humano para que Saulo no tenga duda alguna de que El es el que había vivido humildemente en Nazaret, el que había sido rechazado por sacerdotes y príncipes y muerto en la cruz.

Con la pregunta: «Señor, ¿qué quieres que haga?», expresó Saulo la actitud de sumisión y de obediencia que adoptaba, y que no iba a abandonar nunca.

¿Quién era Saulo? ¿Por qué perseguía a los cristianos? ¿A qué iba a Damasco? ¿Qué le sucedió cerca de Damasco? ¿Qué cambio se operó en él desde entonces?

TAPAS PARA "ESPAÑA EVANGÉLICA"

Madrid: 2,50. — Provincias: 3,00. — Extranjero: 3,50